

DOÑA MARÍA DE TOLEDO Y MENDOZA, FUNDADORA DEL MONASTERIO DE LA ANUNCIADA



María de Toledo nació en Nápoles el 10 de enero de 1581. Era hija de **Pedro de Toledo y Colonna**, V Marqués de Villafranca y Duque de Fernandina, Capitán General de las Galeras, virrey de Nápoles y Gobernador de Milán, al servicio de Felipe II. Desde su infancia, María de Toledo mostró un temple poco común: a los siete años hizo voto de castidad y antes de cumplir los catorce había decidido ser monja clarisa.

La muerte de su madre, Elvira de Mendoza, en 1594, alteró profundamente el equilibrio familiar. Viudo ya, Pedro de Toledo regresó desde Nápoles a Villafranca del Bierzo acompañado de sus hijos María, García y Fadrique. Los tres quedaron bajo la tutela de su tía **María de Toledo y Colonna**, viuda del IV duque de Alba, y retirada entonces en Villafranca con el propósito de fundar el convento de Dominicas Descalzas de la Laura. Mujer de amplia cultura y sólida formación cortesana, conocedora del mundo político y educativo de la casa de Alba, se hizo cargo de la educación de sus sobrinos conforme a su rango.

Entre tía y sobrina se estableció una relación especialmente estrecha: María había vivido junto a ella desde casi la infancia y fue en ese entorno conventual donde su vocación religiosa terminó de madurar. La convivencia en la Laura reforzó su deseo de ingresar en aquel convento, opción que no coincidía con los planes de su padre que reservaba para ella un matrimonio acorde a su linaje y a las estrategias familiares de la nobleza y la recluyó en Corullon. Pero María se fuga del castillo y se refugia en el Convento de las Lauras. Su padre decidió intervenir y en el año 1600 obtuvo del papa Clemente VIII licencia para trasladarla a otra fundación de su marquesado, el monasterio de la Concepción de Villafranca.

Lejos de resignarse María insistió reiteradamente ante su padre en el deseo de fundar un nuevo monasterio de **monjas Franciscanas Descalzas o Clarisas**. El tiempo terminó por darle la razón. El principal interés fundacional del V marqués de Villafranca comenzó a concentrarse entonces en la creación de un nuevo monasterio, el de **Nuestra Señora de la Anunciada**.



El 18 de noviembre de 1604, aprovechando la estancia de **Pedro de Toledo** en Villafranca, se firmó ante notario, en el locutorio del monasterio de la Concepción, el acuerdo fundacional. El marqués y su hijo se comprometían a dotar al nuevo convento con una renta anual de mil ducados para su sustento y conservación. Nacía así una de las instituciones religiosas más importantes de la historia de la villa berciana.

A falta de un edificio adecuado para iniciar la vida en común, se optó provisionalmente por uno de los antiguos hospitales de peregrinos de la villa, el hospital de Santiago. El 26 de abril de 1604, en solemne procesión, **María de Toledo** abandonó el monasterio de la Concepción y se trasladó al nuevo emplazamiento, ya con el nombre de **sor María de la**

Trinidad. La acompañaban otras cuatro religiosas procedentes de la nobleza local. El número de monjas fue creciendo paulatinamente de modo que en 1613 la comunidad contaba ya con veintisiete religiosas.



Un nuevo impulso llegó en la década de 1620, favorecido tanto por la presencia reiterada de Pedro de Toledo en Villafranca como por el nombramiento de sor María de la Trinidad como **segunda abadesa** del monasterio. Padre e hija reanudaron las obras y la construcción de una iglesia que debía servir además como panteón familiar ante la imposibilidad de concluir la Colegiata de Santa María. Este propósito explica que, en su testamento de 1625, el marqués aumentara la dotación económica hasta los tres mil ducados anuales, lo que permitió concluir un dormitorio para las monjas e iniciar la nueva iglesia. El propio marqués y su hija abadesa colocaron la primera piedra

y asistieron a la apertura de los cimientos.

Tras dejar encarrilada la obra y el gobierno de sus estados bercianos a Doña María, **Pedro de Toledo** regresó a la Corte madrileña, donde murió en 1627. **Sor María de la Trinidad** continuó al frente del monasterio y del gobierno de los estados de Villafranca hasta su muerte, ocurrida el 30 de noviembre de 1631. Tenía cincuenta años de edad y veinticinco de vida religiosa en la Anunciada. No llegó a ver concluida la iglesia ni el panteón conventual pero dejó firmemente asentada una fundación destinada a perdurar durante siglos.